

Entre lo que te cuento y me cuentas

José Eduardo Chavarría Hernández

Universidad Autónoma de Aguascalientes, México

Lic. En Historia

7° Semestre

violin.lalo@gmail.com

San Jacinto era un pueblo de una de las intendencias de la Nueva España, de los más hermosos con sus casas señoriales y las calles empedradas, los carruajes andaban todo el día de un lugar a otro y como les era costumbre algunas personas caminando. En la calle de La Merced, en el número cinco, una señora iba entrando a su casa, cuando de pronto la abordó su esposo.

—¿De dónde vienes Antonia?—dijo don Sebastián.

—Vengo de la casa de los Medina, fui a visitar a mi amiga Brígida—le contestó doña Antonia.

—Ah y ¿cómo está don Agustín?—preguntó.

—A él no lo vi, pero dicen que igual, alcoholizado y enfermo—contestó la mujer.

—Dios lo ayude, querida iré a la hacienda a arreglar unos asuntos con el administrador, regresaré en tres días—dijo.

—¿Y por qué no me dijiste, Sebastián, puedo acompañarte?—preguntó con nerviosismo.

—No mujer, no, te aburrirías, además, recuerda que estás organizando la fiesta de compromiso de nuestra hija Pilar, regreso en unos días—contestó su marido.

Mientras la señora despedía a su marido llamó a Ignacia su sirvienta para pedirle que fuera por su hija y la llevara al jardín junto con sus cosas de tejido, esta asintió y se retiró. Al cabo de un momento Pilar llegó con su madre. La joven era alta, de tez blanca, cabello largo y castaño.

—Madre, ¿de verdad quiere seguir recordándome cómo tejer? A mí no me sale—dijo Pilar.



—Entre más reniegues Pilar, menos te va a salir, además quería comentarte algo, tu padre...— dijo doña Antonia bajando la voz. Y en ese instante apareció la sirvienta agitada y haciendo señas.

—¡Señora!—gritó Ignacia desde la puerta del jardín—Acaba de llegar su hermana, la está esperando en la...

—Nada de esperarla, ya me vine para acá. Mira niña, sé útil y tráenos dos platitos de arroz con leche; ándale... ándale...—llegó diciendo doña Prudencia.

—Prudencia, querida, ¿cómo estás?, pero ¿qué haces aquí? Te esperábamos hasta dentro de dos semanas—saludó su hermana con cierta intranquilidad.

—Ay Antonia, estoy bien en lo que cabe, Francisco, mi marido, anda de arriba para abajo con este problema de los rebeldes, ya ves que lo nombraron coronel y lo requirieron en el frente, por eso vine, me aburrí de estar sola y te quería preguntar si me podía quedar contigo hasta que mi esposo vuelva.—cuestionó preocupada Prudencia.

—Claro hermana, no hay problema. ¡Ignacia! ¡Después de traer el arroz de Prudencia, arréglale el cuarto en donde se quedará!—ordenó doña Antonia.

—¿Y tu marido Antonia?—preguntó

—Se fue a la hacienda por unos días a arreglar unos asuntos—contestó.

—El mundo está de cabeza ahorita, ¿no has escuchado lo que dicen por ahí?—preguntó doña Prudencia.

—No, y no me interesa, sabes que los chismes no son bien vistos—contestó doña Antonia.

La hermana de Antonia soltó risas mientras le decía:

—Ay Antonia y eso cuándo nos ha importado; entre el tejido, el rezo y a veces la lectura, una buena diversión son los chismes.

—Prudencia, a ti te falta precisamente la virtud que te da nombre—le reprochó doña Antonia.

Para evitar una discusión, Pilar atrajo la atención de su tía y comenzó a contarle sobre su prometido, resultó ser un hombre de alta cuna, heredero de una fortuna. La conversación



no duró mucho, puesto que doña Prudencia se retiró a descansar y no vio ni a su hermana ni a su sobrina hasta la cena. Al día siguiente salieron a pasear las tres mujeres, se encontraron con doña Brígida, quien no se detuvo a platicar, aunque muy apenas las saludó y se fue con mucha prisa. Mientras más al centro caminaban, la gente se encontraba más alterada e iban de un lado al otro. De pronto, decidieron preguntar a alguien que pasaba a su lado:

—¿Señor, ocurre algo?—preguntó Antonia.

—¿Qué no lo sabe señora? Los insurgentes están cada vez más cerca, y después de lo de Guanajuato, la gente tiene miedo. Disculpen, he de irme, las dejo que me esperen—contestó.

—Regresemos mejor a vuestra casa—dijo Prudencia apurada.

Cuando llegaron, doña Prudencia era la única que hablaba.

—Caminar con estos vestidos no es fácil y el sol no ayuda mucho... ¿Antonia estás bien? No has dicho nada en todo el camino—preguntó doña Prudencia.

—No, no me pasa nada, sólo que me quedé pensando en lo que nos ibas a contar ayer de lo que se rumora por ahí, quiero escucharlo hermana— dijo Doña Antonia.

—¡Ay sí hermana! Pero antes... ¡Ignacia! Prepara unos huevos reales y no me veas así Antonia, el chisme con pan sabe mejor, he oído de todo hermana, ¿podrías creer que dice Francisco en sus cartas que entre las tropas insurgentes ha visto mujeres? Y no como acompañantes de sus maridos, sino también empuñando armas...—dijo Doña Prudencia.

—Pero... ¿qué les pasa a esas mujeres?, ¿cómo se les ocurre andar entre las tropas en plena batalla? —dijo Doña Antonia con nerviosismo.

—Pues ya te digo Antonia, y no sólo eso, mujeres de nuestra alcurnia los están apoyando financieramente, de la que más se escucha es de una tal Josefa, casada con un corregidor de Querétaro. Imagínate que junto con su esposo y otros hombres organizaron todo el levantamiento; pero hay otras, como una tal Manuela Herrera, que quemó su hacienda para no apoyar a nuestro bando, otras entregaron hasta sus joyas y recursos. Escuché de una tal Gertrudis y otra que se apellidaba Vicario y muchas otras—platicó Doña Prudencia.



—¡Pero qué locuras hace el mundo! Esperemos que esto pronto acabe—exclamó doña Antonia para cortar la plática.

—Me retiraré un momento hermana, con permiso—dijo doña Prudencia.

La señora Antonia y su hija esperaron a que su hermana se fuera para poder hablar entre sí.

—Madre, yo pensé que mi tía estaba enterada de...—dijo Pilar mientras era interrumpida.

—No niña, cómo crees que le iba a contar a la esposa de un coronel que nosotras también apoyamos a los insurgentes. Ni tu padre lo sabe, lo que fue para arreglar a la hacienda son faltantes que les di a los insurgentes un día que le mentí a Sebastián diciendo que iba a visitar a tu tía, pero todo sea por una causa justa—le contestó su madre preocupada.

Lo que doña Antonia no sabía, era que su hermana Prudencia estaba escuchando desde las escaleras, y esta rápidamente pensó en mandar cartas a su marido, explicándole todo lo que hizo su hermana. Durante el resto de su estancia intentó ser discreta ante su hermana y su sobrina, hasta que un día se despidió de ellas sin dar razón alguna. Durante el regreso a su casa se reunió con su marido para contarle la perfidia de su hermana, serio y con rigor, sólo le dijo que se encargaría de ellos muy pronto, ordenándole retirarse a un convento para evitar contacto entre ella y su hermana. Un mes tardó en actuar el coronel, y al final doña Antonia fue arrestada por traición; su esposo intentó entrar en su defensa, pero también fue arrestado por creerlo involucrado; y Pilar ya estaba casada y se había ido a vivir a la hacienda de su esposo, de tal forma que ella no corrió la misma suerte. La noticia del arresto de doña Antonia y don Sebastián llegó en una carta cuando Prudencia estaba saliendo de misa, conmovida se retiró a sus aposentos del convento a leerla, se sintió mal por Antonia, pero aseguró más de una vez que había hecho lo correcto.